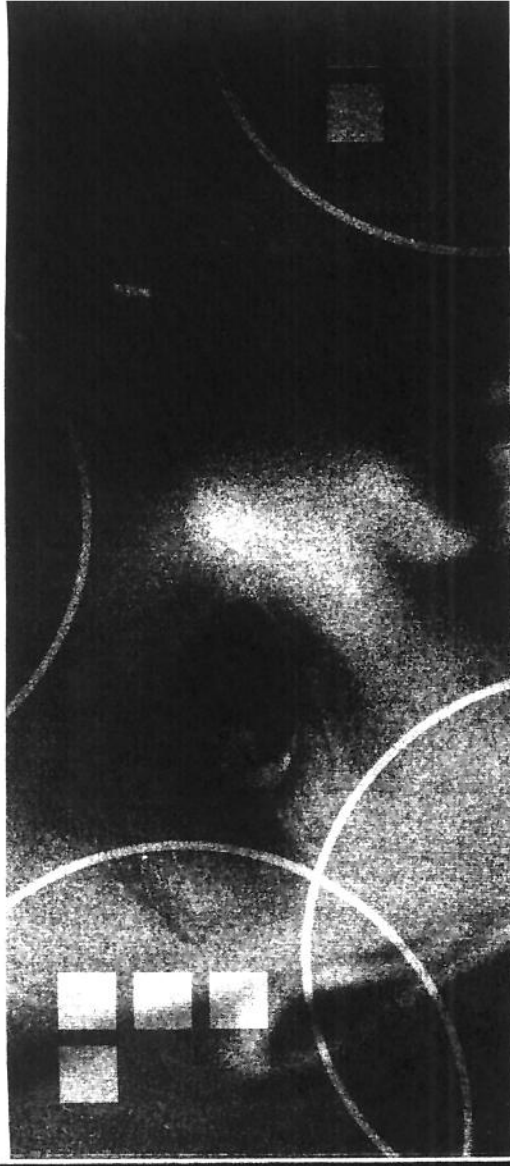


, el filósofo



entre pañales

REVELACIONES SORPRENDENTES SOBRE LA MENTE
DE LOS NIÑOS Y CÓMO SE ENFRENTAN A LA VIDA

A T O C T O C O T T

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Título original: *The Philosophical Baby*

© Alison Gopnik, 2009

© Carlos González, 2010, por el prólogo

© María Jesús Asensio, 2010, por la traducción

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2010

Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Paseo de Recoletos, 4, 28001 Madrid

www.temasdehoy.es

Primera edición: junio de 2010

ISBN 978-84-8460-874-5

Depósito legal: Na 1409-2010

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impreso en Rotativas de Estrella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

en contra de él, sino solo esa otra clase de cosas. Le veía cuando, en vez de llamarme, hacía Jim mi guardia además de la suya, para que yo pudiera seguir durmiendo; y le veía tan contento cuando volví esa noche de niebla; y cuando le encontré otra vez en el pantano, allá arriba donde ocurrió la venganza entre familias; y lo recordaba de otras veces semejantes; y veía como siempre me llamaba y me mimaba y hacía por mí todo cuanto podía, y lo bueno que era siempre; y por fin recordé la vez aquella en que le salvé diciéndole a los hombres que teníamos la viruela a bordo de la balsa, y recordé cuando él estaba tan agradecido y dijo que yo era el mejor amigo que el viejo Jim había tenido, y el único que tenía entonces; y solamente luego por casualidad miré a mi alrededor y encontré el papel escrito.

Estaba en un buen aprieto. Cogí el papel, y lo sostuve en la mano. Temblaba, porque tenía que decidir, para siempre, entre dos cosas; y lo sabía. Estudié un minuto, conteniendo la respiración, y luego me dije a mí mismo:

—Muy bien, entonces, iré al infierno —y rompí el papel.⁷

9. LOS BEBÉS Y EL SENTIDO DE LA VIDA

Me encanta la Navidad y siempre la he celebrado con un fervor y una intensidad especiales. Cada año, descuidando exámenes finales, reuniones universitarias y plazos para conseguir subvenciones, decoro un gran árbol, pongo guirlandas en la repisa de la chimenea, horneo galletas de jengibre caseras, aso un pavo, canto villancicos y gasto demasiado en rellenar calcetines con regalos; en fin, toda la historia. Durante casi toda mi vida ha habido niños en casa y eso ha hecho que las Navidades fuesen especialmente cálidas, incluso si ello traía consigo la contrapartida de tener que cuidar de ellos. Existía un gran placer egocéntrico en la misma preparación, aún más placer, si cabe, al pensar en lo mucho que ello le gustaba a los niños, un poco de cansancio por el esfuerzo y solo una pizca de duda sobre si los niños realmente lo apreciaban lo suficiente.

Me gusta mucho la Navidad, a pesar de que mi bisabuelo era un devoto y distinguido rabino, y fui educada como una igualmente devota atea. Resuelvo la aparente contradicción diciéndole a la gente que me gusta la Navidad porque, antes que nada, es una fiesta que celebra los nacimientos y los niños; las canciones navideñas más

7. Mark Twain, *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Grupo Anaya, 1981. Traducción de Doris Rolfe-Antonio Ferrer. (*N. de la T.*)

conmovedoras son, a la vez, himnos y canciones de cuna. No puedo pensar en nada que merezca tanto ser celebrado.

En este libro he sostenido que pensar en niños puede ayudar a resolver algunas cuestiones filosóficas profundas y antiguas, cuestiones sobre la imaginación, la verdad, la consciencia y también sobre la identidad, el amor y la moral. Sin embargo, por encima de ellas están las cuestiones que podríamos llamar «del sentido de la vida», cuestiones más ampliamente filosóficas, espirituales o religiosas, que los filósofos académicos como yo raramente abordamos: ¿Qué hace a la vida valiosa, bella y moralmente significativa?, ¿hay algo que nos importe más que nosotros mismos?, ¿qué perdura más allá de la muerte?

Para la mayoría de los padres, en la vida sencilla, cotidiana, hay una respuesta obvia para estas preguntas, aunque no sea la única. Nuestros hijos dan un sentido y un propósito a nuestras vidas. Son hermosos (si prescindimos de la varicela, las rodillas con rasguños y las narices con mocos) y las palabras e imágenes que crean son hermosas también. Se hallan en la raíz de nuestros dilemas morales más profundos y nuestros triunfos morales más grandes. Nos ocupamos más por nuestros hijos que por nosotros. Nuestros hijos siguen viviendo después de que nosotros nos hayamos ido, y esto nos proporciona una especie de inmortalidad.

Curiosamente, aunque estos sentimientos sean tan omnipresentes, rara vez son objeto de consideración en filosofía y teología. De hecho, fue pensar en la inmortalidad lo primero que me hizo darme cuenta de la ausencia de niños en la filosofía. Cuando tenía diez años, leí a Platón por primera vez y ello cambió mi vida. Todavía recuerdo vívidamente la ajada edición en rústica que hizo que quisiera ser filósofo. Pero aun en ese primer encuentro con la filosofía había una trampa. El razonamiento que más me impresionó en ese libro fue la defensa de la inmortalidad que hace su maestro Sócrates en *Fedón*. Como muchos niños de diez años —o adultos de cincuenta, en realidad—, estaba existencialmente aterrorizada por la muerte y deseaba conocer una buena defensa de la inmortalidad. Sócrates sostiene que

algo tan complejo como el alma no puede aparecer y desaparecer en la nada, y que, por consiguiente, debe existir, antes y después de nuestras vidas individuales, en un abstracto cielo platónico.

Lo que me llamó la atención del razonamiento fue que en ningún lugar se mencionaba a los niños. A mí me parecía obvio que nuestra alma se creaba, al menos en parte, por los genes que se heredaban y las ideas que adquiríamos de nuestros padres, y que continuaba después de la muerte en los genes y las ideas que legábamos a nuestros hijos. Naturalmente, esta idea estaba determinada por conceptos científicos de los que Sócrates no disponía. Pero, aunque Sócrates no conocía los genes, no hay duda de que sí conocía a los niños. Admito que llegar a la inmortalidad a través de nuestros hijos no es necesariamente la respuesta a la pregunta de Sócrates. Pero, al menos, podía haberlo mencionado como posibilidad.

Tampoco aparecieron los niños en los 2500 años de filosofía que siguieron. Muchos profundos interrogantes acerca de la naturaleza humana pueden contestarse pensando en los niños. Y el pensar en los niños suscita en sí nuevos y profundos interrogantes. La mayoría de los padres, e incluso de los adoptivos, sienten que los niños ayudan a dar un sentido a sus vidas. Pese a ello, los niños han sido casi invisibles para los pensadores más profundos de la historia humana.

Existe una explicación histórica obvia: Sócrates era hombre, como casi todos los filósofos y teólogos que vinieron después. Los niños siempre han formado parte del reino de las mujeres. Como muchos otros aspectos de la vida que están asociados con las mujeres, no era un tema del cual hablaran los filósofos.

Pero el problema puede tener un cauce más profundo. Quizá nuestras intuiciones sobre los niños son realmente demasiado estrechas y personales para ser genuinamente profundas. Después de todo, mis hijos son *míos*. Mis sentimientos por ellos no tienen el carácter universal que esperamos de las intuiciones espirituales. A mí me parecen hermosos, pero es cierto que las madres aman una cara que solo una madre podría amar. Desde el punto de vista de la evolución, esas intuiciones pueden constituir una ilusión. Naturalmente, sentimos

que nuestros propios hijos son importantes; se trata de otro truco de la evolución que usan los genes para reproducirse. Nuestros genes pueden hacer que tengamos realmente ganas de cuidar de esos niños que comparten esos genes. Pero esto no tiene nada que ver con el sentido de la vida.

Forma parte de una cuestión más profunda que obsesiona a todos los científicos que piensan en la espiritualidad. Los seres humanos tienen emociones características de respeto reverencial y asombro, valor moral y profundidad estética. Tienen un sentido de finalidad y propósito, y la intuición de que hay algo más grande que ellos mismos. ¿Estas emociones e intuiciones captan algo real del mundo? Desde una perspectiva científica, estas emociones y convicciones, como todas las emociones y convicciones, son el resultado de la actividad de nuestros cerebros y tienen una historia evolutiva. A menudo se cree que eso significa que son ilusorias o, al menos, que no tienen la significación que aparentan tener.

En realidad, mi cerebro está diseñado para decirme la verdad, al menos la mayor parte del tiempo. Cuando miro el escritorio que está frente a mí, mi convicción de que el escritorio está allí se debe por entero a la actividad de mi cerebro, actividad que tiene una larga historia evolutiva. Realmente *hay* un escritorio allí y mi actividad cerebral me lo dice con exactitud. Puedo utilizar esa información como guía para realizar acciones reales en un mundo real: puedo apoyar ahí mi taza de té sin que se derrame. Cuando miro hacia abajo desde lo alto de un acantilado, siento miedo. Puedo decirlo cómo mi historia evolutiva y la actividad de mi cerebro generan ese sentimiento, pero no significa que el sentimiento sea una mera ilusión. Al contrario, *debería* sentir miedo: mi cerebro está diciéndome algo terriblemente importante sobre el mundo y sobre mi relación con él. El hecho de que una convicción sea el resultado de procesos evolutivos que moldearon mi cerebro hace más posible que sea cierto, no menos. La evolución sigue la pista del mundo real.

Por otro lado, existen percepciones, emociones y creencias que realmente son simples manifestaciones de un *cableado* defectuoso,

errores de la mente. Cuando la Luna parece más grande en el horizonte que en lo alto del cielo, o parece que sigue mi coche, o parece tener rostro, estamos ante verdaderas ilusiones. Sabemos algo de la forma en que el cerebro crea estas ilusiones. Cuando veo una inofensiva culebra y retrocedo horrorizada, se trata, realmente, de un error vestigio de mi pasado evolutivo. Entonces, la gran pregunta no consiste en si las intuiciones espirituales se hallan en nuestro cerebro; por supuesto que sí. La pregunta es si aquellas consisten en una pequeña conexión cerebral engañosa o si nos dicen algo importante, valioso y verdadero acerca del mundo y de nosotros mismos. ¿Son como ver la cara de la Luna o ver una taza de té sobre el escritorio?

No conozco las intuiciones espirituales que acompañan a las experiencias místicas o las ceremonias religiosas. Pero sí pienso que el sentido de finalidad que acompaña a la experiencia de criar niños no es solo una ilusión evolutivamente determinada, como el rostro de la Luna o la culebra aterradora. Los niños nos ponen realmente en contacto con aspectos importantes, reales y universales de la condición humana.

Asombro maravillado

Al igual que la mayoría de los científicos, dudo que exista un primordial, transcendente, basal propósito en nuestras vidas, o en el universo, si lo interpretamos en términos de un Dios personal o de una metafísica mística. Sin embargo, podemos con seguridad señalar fuentes de verdadero significado en nuestras vidas humanas reales mientras las vivimos.

Un tipo clásico de intuición espiritual es el asombro maravillado: nuestro sentido de la riqueza y complejidad del universo fuera de nuestras preocupaciones inmediatas. Es la experiencia de permanecer al aire libre en una noche oscura y observar la infinita multitud de estrellas. Ese tipo de asombro maravillado es la emoción científica por excelencia. Muchos científicos, que en otros aspectos son

ateos, lo consideran un premio a su trabajo profundo, relevante y significativo. Los científicos también se sienten atraídos por la ambición, el ansia de poder, el deseo de fama y otras motivaciones dudosas. No obstante, creo que todos los científicos, hasta los más premiados y dominantes de Harvard, se conmueven también por esta clase de puro asombro ante todo lo que resta por descubrir del mundo.

He sostenido que los bebés y los niños pequeños experimentan este tipo de sentimiento, la consciencia de la linterna, todo el tiempo. Pueden sentirse así observando un móvil de Mickey Mouse en lugar de la Vía Láctea, pero la experiencia es muy parecida. Y es algo más que un sentimiento tanto para científicos como para niños. El universo a todos los niveles, desde Mickey Mouse a la Vía Láctea, y más allá, es maravillosamente rico y complejo y, bueno, también imponente. Y nuestra capacidad de apreciar esta riqueza es completamente genuina. No todos se dedican a la ciencia, ni se preocupan por ella, pero casi todos compartimos el aprendizaje de los niños pequeños.

Magia

Un segundo y muy diferente tipo de intuición espiritual, que podría- mos denominar nuestro sentido de la magia, es nuestra sensación de que existen mundos posibles más allá del que conocemos. Existen mundos de la imaginación, mundos que son muy diferentes del nuestro, mundos mágicos e irreales. Las historias humanas más primitivas que se han transmitido son mitos y leyendas, cuentos descabellados de irreales lejanas. Atenea, la diosa griega de los ojos grises; Pele, la diosa hawaiana del volcán; y Thor, el dios escandinavo del trueno, son tan ficticios como Dunzer, Charlie Ravioli o Gawkin, el dinosaurio. Los sobrios y realistas personajes imaginarios de las novelas constituyen creaciones relativamente modernas.

Estas historias —expresiones de magia, mitos y metáforas— siem-

pre han estado estrechamente asociadas a distintos tipos de sentido espiritual, una intuición distinta de que el mundo es más amplio que nosotros. Escritores explícitamente religiosos, tales como C. S. Lewis y J. R. R. Tolkien, relacionan la religión con la magia. Destacan lo maravilloso y enriquecedor de los cuentos de hadas que relatamos a los niños y que los niños nos relatan. Y, por supuesto, tanto Lewis como Tolkien escribieron historias que captaron ese sentido de lo posible, ese sentido de que un universo alternativo podría estar escondido en cada armario. Estas historias estaban destinadas a los niños, pero hablan de igual forma a los adultos. En sus juegos de fingimiento, los niños pequeños exploran la magia de las posibilidades humanas de una manera amplia y creativa. Su liberación de las tareas mundanas les permite sumergirse en el mundo de lo posible con especial facilidad.

Este sentido de la posibilidad no es una ilusión. El mundo humano es realmente rico en potencial mágico, y lo es de un modo muy concreto y realista. Puedo mirar en mi ordenador *La bella y la bestia*—el cuento de Jean Cocteau que es la quintaesencia de la magia—, mientras hablo a través de una *webcam* con mi hijo, que está lejos. Cuando la Bella observa el espejo mágico, este le envía imágenes de sus seres queridos. Puedo mirar las imágenes reales en el espejo mágico real de mi ordenador personal, imágenes que antes existían solo en las mentes de excéntricos imaginativos.

Las historias también pueden crear para los humanos nuevas formas de vivir, así como nuevos mundos para que los habiten. Las historias religiosas lo hacen, en especial si se trata de parábolas o *koans*, cuentos del Valhalla o de la aldea de Chelm. Al imaginar mentes alternativas, modos alternativos de pensar y actuar, los seres humanos pueden transformarse a sí mismos y a sus comunidades. El sentido de la posibilidad mágica, que es tan vívido en los niños, también se encuentra en el fondo de mucho de lo que es real e importante en nuestras vidas. Y el espectro de las posibilidades imaginativas humanas es de verdad mucho más amplio de lo que puede captar una mente individual.

Los niños también nos pueden hablar, mejor que nadie, sobre las intuiciones espirituales que podríamos llamar amor. Nuestro amor por nuestros hijos, y el amor de ellos por nosotros, tiene una cualidad especial. Dije antes que la particularidad de nuestros sentimientos hacia los niños podría hacerles parecer espiritualmente dudosos. Sin embargo, el amor que sentimos por nuestros hijos, no solo el amor maternal, sino el amor paternal de la monogamia social y el amor de la canguro/la abuela/el vecino de al lado, en su condición de cuidadores, tiene una cualidad especial tanto de particularidad como de universalidad. Constituye un importante modelo del amor que sustenta las intuiciones religiosas y morales.

Uno de los cotidianos pero sorprendentes hechos de la vida es que mientras que elegimos a nuestros amigos y nuestras parejas, no elegimos a nuestros hijos. Cuando damos a luz un bebé, y hasta cuando, como un cuidador parental, cuidamos al niño que no es de nuestra sangre, no tenemos idea de cómo será de mayor. Puedo esperar que mi bebé combine los mejores rasgos de mí misma y de mi pareja, mientras que, al mismo tiempo, temo que combine los peores. No obstante, dada la lotería genética del apareamiento humano, y las contingencias de la crianza humana, el resultado más probable es que los genes revueltos de cada individuo salgan con una apariencia sin parangón en la Tierra. Hasta los rasgos más básicos que conforman el ser de un bebé se hallan más allá de nuestro control, una situación que es patente para los padres de niños con discapacidades.

Y sin embargo, con algunas excepciones trágicas, los cuidadores aman a los niños que tienen a su cargo. A veces aman a los bebés más necesitados, principalmente a los que tienen síndrome de Down, parálisis cerebral o fibrosis quística. Y lo que es más extraño: cuando cuidamos a un niño, amamos a *ese* niño, no a un concepto arbitrario de niño en general. Amamos a nuestros hijos precisamente por las características particulares que de ninguna manera podíamos

haber previsto —la vehemencia, talento y confianza en sí mismo de mi hijo mayor; los rizos castaños, ingenio e inteligencia de mi hijo mediano; y la sonrisa luminosa, cálidos ojos azules y sensibilidad del menor—. Realmente, estas cualidades tampoco lo justifican: *les* amo, ni siquiera porque sean mis hijos, sino porque son Alexei, Nicholas y Andres.

Lo que aún resulta más paradójico, pero tiene mucha profundidad, es que nuestro amor por nuestros hijos se relaciona inversamente con los beneficios que nos otorgan. De nuestras parejas —y con seguridad de los amigos— esperamos una cierta reciprocidad: yo atenderé vuestras neurosis si vosotros toleráis la mía. El más necesitado de nuestros amigos nos da algo a cambio. Pero cada niño está más necesitado que el amigo o amante más intolerablemente exigente.

Imaginemos una novela en la cual una mujer acogió a un extraño que era incapaz de caminar o hablar, ni siquiera de comer por sí mismo. Ella se enamoró de él a primera vista, lo alimentó, lo vistió y lavó, le ayudó gradualmente a convertirse en competente e independiente, gastó en él más de la mitad de sus ingresos, lo cuidó en la enfermedad y pensó en él más que en ninguna otra persona. Y, después de veinte años de cuidados, le ayudó a encontrar una esposa joven e irse del hogar. No podríamos soportar tanta ñoñería. Pero esa, simplemente, es la historia de toda madre. Y también es la historia de toda comunidad humana, de toda constelación de madres y padres y parejas socialmente monógamas, de cada grupo de hermanos, canguros y cuidadores parentales. No se trata tanto de que cuidamos a los niños porque los amamos, sino de que los amamos porque los cuidamos.

Estas intuiciones morales sobre la crianza infantil no se aprecian en la mayoría de las tradiciones filosóficas. Los clásicos conceptos morales de la filosofía —utilitaristas o kantianos, libertarios o socialistas— tienen sus raíces en intuiciones sobre la bondad y el daño, la autonomía y la reciprocidad, la individualidad y la universalidad. Cada persona merece buscar la felicidad y evitar el dolor, y al cooperar de forma recíproca podemos maximizar el bien de todos: la idea

básica del contrato social. Sin embargo, los sistemas morales individualistas, universalistas y contractuales no parecen captar nuevas intuiciones sobre la crianza de los niños.

Por otra parte, esta combinación de individualidad y desinterés se parece mucho al amor y preocupación que son parte de nuestras intuiciones espirituales. Lo captamos en las historias de los santos, *bodhisattvas* y *tzadikim*. Se supone que sienten esa combinación de afecto singular, transparente y especial y de preocupación desinteresada por *todos*. Ningún ser humano real puede hacerlo. Por supuesto, hay muchas formas de aproximarse a ese ideal e interesarse por los demás, formas que no implican a los niños. Sin embargo, el cuidado de los niños es una manera tremendamente rápida y eficiente de experimentar al menos un poco de santidad.

Conclusión

Podemos volver a las cuestiones con las que empezamos al comienzo de este libro: ¿cómo es posible que un ser humano cambie?, ¿qué nos dice esto de los niños y la infancia, en especial de los niños más pequeños y la primera infancia? Hay tres aspectos entrelazados en la respuesta: aprendizaje, fantasías y cuidados, o, para decirlo más poéticamente, verdad, imaginación y amor. En ciencia y filosofía, estos tres aspectos de la experiencia humana se tratan a menudo como si estuvieran separados unos de otros: la epistemología, la estética y la ética tienen tradiciones muy distintas. Sin embargo, para los niños pequeños, la verdad, la imaginación y el amor se hallan inextricablemente vinculados.

La verdad, primero. Cambiamos lo que hacemos a medida que conocemos cómo es el mundo. Los seres humanos pueden aprender más que cualquier otro animal y esa es la razón por la que cambian más que cualquier otro animal. Los niños nacen sabiendo mucho acerca del mundo y de la gente. Ese conocimiento les proporciona una ventaja en el aprendizaje de cosas nuevas acerca del mundo

concreto en el que viven y el particular conjunto de personas con las que lo comparten. Pero, al final del día, quizás, incluso, aprendan a descartar las concepciones con las cuales comenzaron.

A los bebés les encanta aprender. Aprenden de la simple observación de los sucesos que se desenvuelven a su alrededor. Están abiertos a toda la riqueza del ancho mundo. Prestan atención a todo lo nuevo e inesperado —a todo de lo que pueden aprender—, pero también hacen cosas para aprender. Cuando juegan, los niños experimentan con el mundo y utilizan los resultados de esos experimentos para cambiar lo que piensan. Los acontecimientos que observan y los experimentos que realizan les ayudan a dibujar nuevos mapas causales del mundo que los rodea.

Los niños no solo aprenden sobre el mundo físico. También aprenden sobre el mundo psicológico. Aprenden cómo es la gente que los rodea. Puesto que las culturas humanas pueden cambiar, esto significa que lo que los niños aprenden sobre la gente también puede cambiar. Los niños aprenden la psicología de los que los rodean, su particular combinación de creencias, deseos y sentimientos, rasgos de personalidad, motivaciones e intereses. Pero también aprenden los aspectos normativos de la psicología humana. Aprenden con rapidez las reglas que siguen los que los rodean, tanto las convenciones arbitrarias como los principios morales.

Y los niños no se limitan a aprender sobre los demás, aprenden sobre ellos mismos. Desde el momento que nacen, conectan sus propios sentimientos con los de los otros. Usan lo que aprenden acerca de los demás para conocer sobre sí mismos y viceversa. Los niños comienzan a ver cómo la comprensión de la propia mente ayuda a cambiar lo que hacen; por ejemplo, cómo cerrar los ojos puede ayudar a resistirse a esa galletita. También comienzan a usar su comprensión psicológica para hacer un relato unificado y coherente de sus propias experiencias, un relato que continúa a través de todas las vueltas y giros de la vida humana.

Esta notable aptitud para encontrar la verdad depende, a su vez, de la capacidad de imaginar y de amar. La teoría del aprendizaje de

Bayes depende de la idea de que los niños pueden imaginar alternativas a su actual imagen del mundo. Los niños construyen hipótesis alternativas acerca de la realidad del mundo, comparan y contrastan diferentes mapas posibles y causales del mundo. Un principio fundamental de este tipo de aprendizaje es que aun las posibilidades menos probables pueden, finalmente, resultar ciertas.

Los bebés pueden dedicar su atención y acción al aprendizaje por- que dependen de los cuidados de la gente que los rodea. Los bebés pueden aprender precisamente porque los amamos. Más significativo todavía resulta que una de las formas fundamentales en que aprenden los bebés y los niños consiste en observar a las personas que aman y en escuchar lo que dicen. Este tipo de aprendizaje les permite aprovechar los descubrimientos de generaciones anteriores. Sus cuidadores, de manera implícita e inconsciente, enseñan a los bebés al mismo tiempo que se ocupan de ellos.

Si la imaginación ayuda a los niños a encontrar la verdad, encontrar la verdad también aumenta el poder de la imaginación. Los niños muy pequeños pueden usar sus mapas causales del mundo —sus teorías— para imaginar distintas formas de ser del mundo. Pueden pensar en las posibilidades imaginarias. A medida que cambian estas teorías, a medida que los niños aprenden y sus ideas sobre el mundo se hacen más y más exactas, las fantasías que pueden elaborar y las posibilidades que pueden prever se hacen más y más ricas. Estas fantasías permiten que los niños creen mundos diferentes y sustentan el juego de fingimiento de la primera infancia. Con el tiempo, permiten a los adultos imaginar maneras de ser del mundo alternativas y hacer reales esas alternativas.

Los mapas causales también se aplican a las mentes, además de a las cosas. Esto significa que los niños pueden imaginar gente de fantasía, como los compañeros imaginarios, así como también mundos de fantasía, lo que permite a los niños interactuar con las personas de nuevas y más complejas formas. Les permite a ellos, y a nosotros, crear nuevas convenciones sociales y normas morales que producirán mejores resultados.

Así pues, la imaginación depende del conocimiento, pero también depende del amor y el interés. Al igual que los niños pueden aprender con tanta libertad porque se hallan protegidos por los adultos, pueden imaginar con tanta libertad porque son amados. El pensamiento creador tiene necesariamente un elemento normativo: imaginar el futuro también significa valorar qué futuros deberíamos provocar. Desde una edad temprana, los niños hacen arraigar estas decisiones en respuestas morales. Tratan de hacer el bien y evitar el mal. Estas respuestas se hallan por sí mismas enraizadas en la interacción profundamente empática, íntima y desinteresada entre bebés y cuidadores.

Al final, el propio amor depende del conocimiento y la imaginación. Para los bebés, que son tan completamente indefensos y dependientes, ninguna teoría es tan importante como una teoría del amor. Desde que son muy pequeños, los bebés están descifrando estas teorías del amor, basadas en lo que ven que hacen y dicen las personas que los cuidan. Y estas teorías, a su vez, conforman la manera en que estos bebés cuidarán a sus propios hijos en un futuro.

El conocimiento del amor, como otros tipos de conocimiento, lleva a los bebés a imaginar la forma en que actuarán los que los cuidan y la forma en que ellos mismos deberían actuar. Estas predicciones y acciones conducen a los ciclos negativos y positivos que son tan característicamente humanos. Pero la imaginación también proporciona a los bebés, y al resto de nosotros, la posibilidad de evitar esos ciclos. Hasta una pequeña evidencia permite a los niños imaginar otras y mejores formas en que el amor podría actuar.

«Pero ¿qué pasa con la inmortalidad?», pregunta la pequeña Alison, de diez años. Sospecho que ella, como Woody Allen, podría haber dicho que no deseaba lograr la inmortalidad por medio de sus hijos, que quería alcanzarla por no morir. Aparte de eso, sin embargo, los niños no son malos. Una de las peores cosas en relación con el hecho de escribir sobre la importancia de los niños es que prácticamente todo lo que decimos se convierte en algo que suena a tarjeta de felicitación. Sin embargo, los tópicos llegan a ser tópicos porque son

ciertos, y el tópicos de que los niños son nuestro futuro no es más que una verdad pura y simple.

Para los niños de la raza humana, este tópico contiene una verdad profunda. Los niños no son nuestro futuro solo porque llevan nuestros genes. Para los seres humanos en particular, nuestro sentido de quiénes somos, como individuos y como grupo, se halla ligado íntimamente a de dónde venimos y adónde vamos, a nuestro pasado y nuestro futuro. La capacidad humana de cambio significa que no podemos descifrar lo que es ser humano solo analizando lo que somos ahora. En lugar de ello, necesitamos escudriñar el vasto y ramificado espacio de las posibilidades humanas. Los exploradores que vemos allí en el límite más lejano se parecen mucho a nuestros hijos.

AGRADECIMIENTOS

He tardado cinco años en escribir este libro, y he contado con la ayuda de un número de personas que no dejó de aumentar a lo largo de ese tiempo. Desde hace muchos años, la Universidad de California en Berkeley es mi hogar y mi patria, en particular el Departamento de Psicología, el Instituto de Desarrollo Humano y el Instituto de Ciencias Cognitivas y del Cerebro; mis colegas y alumnos de estos centros han ejercido sobre mí una enorme influencia. Entre los primeros, Steve Palmer, Lucia Jacobs, Tom Griffiths, Tania Lombrozo y Mary Main han aportado ideas a este libro. Muy importante también ha sido la contribución a este libro, y a todo mi trabajo, de mis alumnos licenciados y posdoctorales, pasados y presentes, entre ellos: Frederick Eberhardt, Tamar Kushnir, Chris Lucas, David Sobel, Elizabeth Seiver y, en especial, Laura Schulz.

Empecé este libro gracias a la beca del Centro de Estudios Avanzados en las Ciencias del Comportamiento de la Universidad de Stanford. Un año en dicho centro constituye una de las pocas experiencias de la vida que, en verdad, resulta incluso mejor de lo que se piensa que será, y estoy profundamente agradecida al personal